VICIOS DE LA INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y OTROS TEXTOS,

por MANUEL J. NARGANES DE POSADA, Madrid, Biblioteca Nueva, 2013,
172 pp. ISBN: 978-84-9940-693-0. Edición y estudio introductorio
de Julio Ruiz Berrio.

En 1978 Miguel Artola prologaba un estudio de Carlos Seco sobre la controvertida figura de Godoy y allí señalaba que el reinado de Carlos IV «constituye uno de los espacios vacíos más lamentables de nuestra historiografía». ¹ Más de treinta años después, un joven historiador, Antonio Calvo, ponía de relieve el gran avance que la investigación histórica ha realizado sobre este agitado periodo, pero aun así «el reinado de Carlos IV sigue sufriendo un importante agravio comparativo en número de investigaciones respecto a los [...] periodos previo y posterior». ² Por todo ello, es muy de agradecer la edición crítica de Julio Ruiz Berrio de la obra de Manuel J. Narganes de Posada, *Tres cartas sobre los vicios de la Instrucción pública en España y proyecto de un plan para su reforma*, escrita en Francia en 1807, en su primer exilio, y publicada en la Imprenta Real de España en 1809 bajo el reinado de José I. Esta edición, desgraciadamente póstuma, la completa Ruiz Berrio con el *Reglamento para el régimen y gobierno de los colegios y escuelas de enseñanza pública* de 1809, vigente durante el periodo josefino, y con las *Observaciones sobre el sistema actual de la Instrucción Pública* del filósofo Destutt de Tracy, obra publicada en la Francia de 1801 que, como señala su editor, influyó bastante sobre Narganes. La edición a cargo de Julio Ruiz Berrio va precedida de un extenso estudio introductorio que compendia las muchas horas y publicaciones que el autor dedicó a este personaje, una figura que muy bien podemos incluir en lo que Antonio Calvo ha

¹ Miguel Artola, «Prólogo», en *Godoy. El hombre y el político*, Carlos Seco Serrano (Madrid: Espasa-Calpe, 1978), 8.

² Antonio Calvo Maturana, *Cuando manden los que obedecen: la clase política e intelectual de la España preliberal (1780-1808)* (Madrid: Marcial Pons Historia, 2013), 12.

llamado la clase política e intelectual de la España preliberal. En definitiva, otro acierto más de la benemérita Colección de Clásicos de la Educación de la editorial Biblioteca Nueva.

Como es bien sabido, Ruiz Berrio fue un buen conocedor del primer periodo de la transición del Antiguo Régimen a la España liberal, cuya investigación acometió en fecha temprana con su obra *Política escolar de España en el siglo XIX (1808-1833)*, publicada en 1970. Dentro de este marco, consagró muchas horas a la personalidad de Narganes, a su pensamiento pedagógico y a su obra principal sobre los vicios y reforma de la instrucción pública en España. Su interés por Narganes le acompañó toda su vida, de manera que podemos decir que el estudio introductorio subsume y actualiza todo lo que Ruiz Berrio investigó sobre la vida y obra de un ilustrado que nuestro autor, comparándola con la famosa sinfonía inacabada de Schubert, denominó la «incompleta de Narganes», porque, efectivamente, seguimos sin saber muchas cosas sobre él, especialmente si tenemos en cuenta que el rastro de su vida se pierde en 1823 cuando, una vez más, tiene que volver a Francia como exiliado.

A la hora de enjuiciar esta vida, Ruiz Berrio destacó tres aspectos fundamentales de su personalidad: su afiliación a la masonería, su integración en el grupo de los afrancesados y, finalmente, su tipificación como intelectual ilustrado. Me parece que no se puede decir más en tan pocas líneas sobre la vida de Narganes, dado el contexto de la época en que vivió.

Respecto de su incorporación a la masonería Ruiz Berrio nos alerta sobre la tentación «presentista», siempre latente en la historiografía hispana, de «descalificar[le] *a priori* por esa afiliación» porque, añade, «en la historia española del siglo XIX fue una constante de mérito en muchos casos estar afiliado a la masonería».³ Creo que Ruiz Berrio acierta plenamente: sólo acudiendo a lo que fue la masonería en los siglos XVIII y XIX se puede comprender lo que el calificativo entrañaba. Porque la masonería fue un factor de transformación social y política en aquella época, por mucho que su papel fuera desdibujado y manipulado por un sector importante de la historiografía española. Como hoy sabemos, la masonería fue un elemento clave en la expansión de la modernidad.

³ Julio Ruiz Berrio, «Introducción», en *Vicios de la instrucción pública y otros textos*, Manuel J. Narganes de Posada (Madrid: Biblioteca Nueva, 2013), 26.

Como señaló Koselleck no hace mucho, las logias «estaban rodeadas de un velo tejidas por ellas mismas: el secreto».⁴ Frente al secreto absoluto en que se desenvolvía el aparato del rey —el famoso *arcanum imperii*—, la masonería, para protegerse, fabricó su propio secreto. Esto que la vieja historiografía acentuó hasta el ridículo era una auténtica necesidad en una monarquía absoluta donde el poder de la policía era total. El carácter misterioso de que se rodeaban era una garantía de su supervivencia. Pero hay más, sólo en la logia el masón era un hombre libre, y es esa aspiración a la libertad la que explica la fuerte atracción de la masonería para los espíritus cultivados de la época, ilustrados primero, liberales después.

Hay también otro rasgo que merece subrayarse: la fraternidad. Este elemento de la modernidad que los revolucionarios franceses incluyeron en su famosa tríada, tiene su base en la acepción moderna de la igualdad: frente al orden estamental, rígido, cercano a la formación de castas, en el que de modo inexorable los hombres nacían, vivían, se reproducían y morían —el concepto de movilidad social era completamente ajeno al Antiguo Régimen—, el masón, fuera cual fuera el estamento del que procedía, era un hermano más en la logia, era un igual: «todas las diferencias estamentales estaban niveladas allí».⁵ El masón en la logia no era un súbdito, sino el embrión de lo que sería más tarde el ciudadano en las modernas democracias.

Narganes se afilió a la masonería cuando después de su primer exilio volvió a la España de José I, y lo hizo en el marco de un cambio de dinastía, aceptando el nuevo régimen. Es sabido que los perdedores no escriben la historia. Tal fue el caso del grupo de personalidades ilustres que optaron por la nueva dinastía de los Bonaparte, calificados por la mayor parte de la historiografía del siglo XIX con el término de «afrancesados», estigma que ha acompañado durante mucho tiempo a este grupo como sinónimo de traidores a la patria española. Sin embargo, se ha subestimado que la concepción patrimonial de la monarquía, vigente en esa época y en ese momento, legitimaba la serie de cesiones formales de soberanía realizadas por Fernando VII y Carlos IV a favor de Napoleón (el Estado pertenecía al rey y a su dinastía). Como se ha señalado entre nosotros, 1808 significa al principio un enfrentamiento de dos legitimidades, la de los «afrancesados»,

⁴ Reinhart Koselleck, *Crítica y crisis del mundo burgués: un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués* (Madrid: Trotta, 2007), 70.

⁵ Koselleck, *Crítica y crisis*, 72.

partidarios del nuevo rey José I, monarca legítimo a sus ojos, y la de los «patriotas», que se levantaron a favor de la dinastía española que había entregado legalmente su soberanía, aunque finalmente estos últimos se dividirán «ideológicamente entre los absolutistas, que luchaban por conservar el Antiguo Régimen, y los liberales, que defendían el proyecto de un nuevo orden político, social económico y educativo».⁶

Así pues, en el periodo 1808-1814, pugnan tres legitimidades distintas. En mi opinión, dos de ellas, representadas por afrancesados y absolutistas, están ligadas a una misma concepción de la monarquía aunque con proyectos radicalmente distintos —josefino y reformista los afrancesados, tradicional y conservador los absolutistas—; sólo la tercera legitimidad, la liberal, se unirá a un empresa tan innovadora como representaba la Revolución Francesa. Narganes fue, en mi opinión, un *philosophe* josefino, lo que hoy llamaríamos un intelectual que aceptó el cambio de dinastía porque dicho cambio permitía participar en un proyecto —un nuevo modelo de Estado de corte napoleónico— capaz de realizar, por fin, las reformas ilustradas que iban a regenerar a España. En ese sentido, se separaba claramente de los absolutistas pero también de los liberales que planteaban un proyecto que no era reformista sino revolucionario, esto es, la creación de un Estado nacional cuyo foco de poder residía en el Parlamento —único soberano—, elegido por sufragio cuasi universal, mientras que el diseño josefino sólo aportaba un importante programa de reformas bajo la monarquía autoritaria de los Bonaparte.

Por todo ello, acierta Ruiz Berrio cuando discrepa en esta edición crítica de la consideración de Narganes como afrancesado, tal y como le presentó Menéndez Pelayo, «afirmación discutible [...] toda vez que en la causa que le siguió la Inquisición [...] encontramos muchos rasgos que corresponden a una persona admiradora de los avances de la Ilustración gala y muy interesada en los cambios políticos de Francia, de los que estaba al día».⁷ Probablemente la calificación que a Narganes le haría justicia sería la de *philosophe* ilustrado. Hace ya algunos años, Bauman resaltó que entre 1750 y 1775 se puede observar la aparición en Francia de un grupo intelectual, los *philosophes*, cuyo aglutinante no era lo que profesaban sino el acto mis-

⁶ Antonio Viñao, «État et éducation dans l'Espagne contemporaine (XIX-XX siècles)», *Histoire de l'Éducation* 134 (2012): 82.

⁷ Julio Ruiz Berrio, «Introducción», 19.

mo de profesar, de tener conciencia de una utopía que creían realizable: «una promesa que esperaba su cumplimiento».⁸ Ellos dieron lugar a lo que se llamó la *république des lettres*, cuyo pensamiento se difundía en los cafés, en los salones de la aristocracia, en los teatros, en las tabernas, en las nuevas «sociedades» que surgían sin cesar, en la difusión de panfletos, periódicos y libros. En realidad, la Ilustración no fue solo un semillero de nuevas ideas y creencias, sino sobre todo «un modo de vida».⁹ Los centros de sociabilidad, como los ha denominado Antonio Calvo, se produjeron también en la España de Carlos III y prosiguieron su labor en la de Carlos IV. Narganes formó parte de esa elite ilustrada, modernizante y renovadora, y como miembro de la república de las letras vivió y participó en la transición que supuso la crisis de la primera década del nuevo siglo, si bien en el bando perdedor. Y así como, reinando Carlos III, los «autores más cercanos a la órbita del poder llegaron a tener una gran influencia en la República de las Letras, a la que gobernaban bajo la protección del monarca o de sus ministros»,¹⁰ del mismo modo hombres como Narganes actuaron, de modo mediato o inmediato, bajo la protección de José I.

La época en que Narganes se puso al servicio del proyecto josefino fue un periodo de cambios convulso en el que lo nuevo y lo viejo se entrecruzaron y se mezclaron. Los proyectos políticos, especialmente el josefino y el liberal, no fueron modelos puros, incluso estuvieron en constante y mutua interacción, de tal modo que puede decirse que «entre los dos partidos españoles se inici[ó] una relación dialéctica».¹¹ No escapó Narganes a esta realidad ya que a su condición de ilustrado debe añadirse, como hace Ruiz Berrio, la de buen conocedor de los proyectos políticos de la Francia a la que se exilió. Pero esa Francia no era ya la de la Revolución sino la del régimen napoleónico. De ahí que, en mi opinión, la obra de Narganes encaje más en el proyecto político josefino, que es en definitiva napoleónico, que en el liberal.

El marco en que se edita el libro de Narganes es, pues, el de la monarquía autoritaria del Estatuto de Bayona de 1808, carta otorgada en la que el rey

⁸ Zygmunt Bauman, *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales* (Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1997), 40.

⁹ Bauman, *Legisladores e intérpretes*, 56.

¹⁰ Calvo, *Cuando manden los que obedecen*, 62.

¹¹ Manuel de Puelles Benítez, *Estado y educación en la España liberal (1800-1857). Un sistema educativo nacional frustrado* (Barcelona-México: Pomares, 2004), 62.

es el único titular de la soberanía, sólo templada por las instituciones que estatutariamente se crean, y donde las Cortes siguen siendo estamentales —alto clero, alta nobleza y pueblo—, mientras que los liberales, con la Constitución de 1812, se sitúan, como es sabido, en los antípodas de este modelo. Obviamente, aunque la educación pública sea para los josefinos un instrumento excepcional para la deseada regeneración de España, el modelo político condicionaba en alto grado el proyecto educativo que se preconizaba, proyecto que sólo en parte arrancaba de la Revolución y al que Napoleón aportó elementos propios. Lo más grave no es que la política educativa de los josefinos se apartara de los mejores proyectos de la Revolución, sino que, para Napoleón, la instrucción primaria debía reducirse al mínimo: leer, escribir y contar eran más que suficiente para las clases populares. En cambio, los liceos, verdadera creación napoleónica, y la universidad, formadora de profesionales de nivel superior, eran el semillero de las nuevas elites que el Estado necesitaba, auténticos centros selectivos cuyas puertas sólo estaban abiertas a una clase muy restringida. En realidad, este sistema era fruto de una concepción que ponía el sistema educativo al servicio del Estado, identificado ahora con los intereses de Napoleón, personales y dinásticos. Esta visión, en la que la instrucción pública, en palabras napoleónicas, «constituye un importante motor del gobierno», pues en definitiva «todo depende de ella, el presente y el porvenir»,¹² conducía a un proyecto que se situaba en el otro extremo del pensamiento liberal doceañista sobre la educación.

Las personalidades históricas no son sólo de una pieza, sufren influencias diversas. Así, en Narganes resulta evidente la influencia de Condorcet pero también la de Destutt de Tracy (no siempre compatibles). Todo ello puede verse en las *cartas* de Narganes, pero además el lector interesado puede encontrar en ellas un diagnóstico de primera mano sobre la educación en el Antiguo Régimen, transmitido por quien lo conocía bien —«he pasado toda mi vida en las escuelas, o como discípulo o como maestro»—, así como un proyecto de reforma de la escuela primaria que por su ambición desborda las previsiones de Destutt de Tracy y se acerca más a la concepción de Condorcet y de los liberales españoles —mientras «las escuelas de primeras letras no sean más que escuelas de leer, escribir y contar, puede decirse con verdad que la nación no tiene establecimientos para la educación primaria»—,

¹² Albert Soboul, *La Francia de Napoleón* (Barcelona: Crítica, 1993), 84.

a lo que hay que unir una exigente concepción de la escuela secundaria, «segundo escalón de la educación», de la que habla con gran dominio —«esta clase de establecimientos es la que más he estudiado»— y, finalmente, una moderna concepción de la universidad frente al escolasticismo del Antiguo Régimen —«¿Qué hombres han formado nuestras universidades? ¿Dónde están los matemáticos, los economistas, los jurisconsultos que han salido de ellas?»—. Pero la modernidad de su proyecto, en mi opinión, no hace de Narganes un pensador liberal que ponga el nuevo sistema educativo al servicio de la nación, porque en definitiva es el Gobierno «quien debe formar las leyes fundamentales de las escuelas», es el Gobierno «quien debe prescribir su plan de estudios»¹³, es decir, Narganes, como buen josefino, puso su proyecto de educación al servicio del Estado.

Manuel de Puelles Benítez
Universidad Nacional de Educación a Distancia
mpuelles@edu.uned.es

¹³ Narganes, *Vicios de la instrucción pública*, 99, 91, 103, 86, 109 y 110, respectivamente.